

ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

METÁFORAS DE LA NO-DUALIDAD

Señales para ver lo que somos

Desclée De Brouwer



ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

**METÁFORAS
DE LA
NO-DUALIDAD**



SEÑALES PARA VER LO QUE SOMOS

- © Enrique Martínez Lozano, 2018
© Diseño de interior e Ilustrador, Francisco Javier Abril del Diego, 2018

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A., 2018

C/ Henao, 6 - 48009 BILBAO

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-2991-1

Depósito Legal: BI-1272-2018

Impresión: GRAFO S.A. - Basauri

Espiritualidad en tiempos de cambio.

La ola es el mar

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

ESPIRITUALIDAD2991

ÍNDICE

	Prólogo de Fidel Delgado	13
	Introducción	23
1	La cuerda y la serpiente	33
2	El león y los asnos	40
3	La ola y el mar	43
4	La piedra y los átomos	48
5	Las cosas y los procesos	52
6	La botella y el océano	54
7	El océano y el agua	56
8	El globo lleno de aire	58
9	El cielo y el clima	60
10	La montaña y las nubes	62
11	La vida y los seres vivos	64
12	El manantial y el agua	69
13	La vid y los sarmientos	71
14	El dedo y el cuerpo	73
15	El anillo y el oro	75
16	Dos velas, una sola llama	77
17	La película y la pantalla	80
18	Las letras y el papel	84
19	El coche y el conductor	86
20	El viaje y el viajero	88
21	Los trenes y la estación	91

22	El que ve y lo visto	95
23	Lo que observa y lo observado.	98
24	Lo que ocurre y la consciencia de lo que ocurre	100
25	La llanta y el eje	102
26	Los huéspedes y el dueño	107
27	Los churros y el gerente	109
28	El pianista y el piano desafinado	113
29	El mendigo y el tesoro ignorado	115
30	El diamante en el bolsillo	117
31	El tesoro y el buscador	120
32	Dos hijos inconscientes	123
33	El buscador y lo buscado	126
34	Lo que es y lo que pasa	128
35	El río y los remolinos	131
36	El espacio y la habitación	135
37	El niño y el auto mecánico	137
38	El jinete y las riendas	143
39	Gemelos que no tienen la misma edad	155
40	El coro y el director	159
41	El dueño y el criado	163
42	La cercanía que impide ver	168
43	Las gafas que filtran la visión	170
44	Cuando nada es todo	173
45	El tapiz y nuestra mirada	177
46	El libro y la lectura	181
47	La pizarra y lo escrito en ella	184
48	El lienzo y las imágenes	186

49	El pájaro y la rama	189
50	El miedo y la ignorancia	193
51	El escenario y el personaje	195
52	El actor y la máscara	199
53	La pasarela y el desfile	203
54	El baile y el bailarín	206
55	El mapa y el territorio	209
56	El dedo y la luna, las creencias y la verdad	211
57	La miel y el dulzor	214
58	El juez y la rosa	216
59	El efecto <i>boomerang</i>	220
60	El sueño y el soñador	223
61	El salvador y la víctima	228
62	El árbol del conocimiento del bien y del mal	231
63	La habitación oscura y la linterna ...	234
64	La luz y las sombras	236
65	Lo real y la apariencia	239
66	El niño y los castillos de arena	244
67	El sueño lúcido	264
68	El agua y el terrón de azúcar	270
69	Volver a la casa de la que nunca habíamos salido	273
70	El palo que atiza el fuego	277
	Anexo I. Práctica para “permanecer” en casa: Meditar, solo estar, solo ser	281
	Anexo II. El inicio y la clave de la comprensión: Hay en ti “Algo” que sabe	283

Avisos a transeúntes usuarios de Metáforas

Las Metáforas funcionan como transportes:
te pueden llevar de acá para allá,
para muy allá y hasta ALLÁ de Todo.

El SER UNO, cuando toma formas, es
siempre en modo transitorio: Cambia de Continuo.
El **SER** en "modo humano" transita de mil maneras
por sus múltiples dimensiones.

Para los Cambios en modos de Comprensión
las Metáforas son un vehículo de eficacia comprobada.

Dado que aprovechar el potencial de la Metáfora
tiene su arte y técnica, mecánica y mística,
es útil aplicar lucidez a los diversos
estilos de usuarios y formas de transporte.

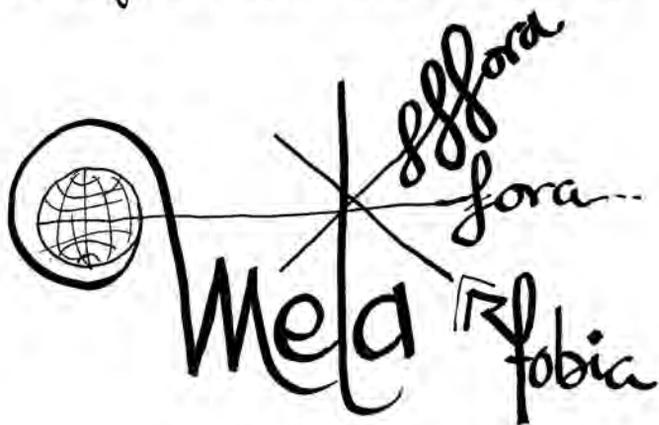
elenco elástico de transhumanes:

Metafóbicos: "No me sale salir de donde estoy"
Las invitaciones a ~~ir~~ más allá de lo que ~~yo~~ ya
(ya conozco, ya pienso, ya acostumbro...)
ignoro, temo, desconozco...

El temor a lo desconocido

se racionaliza con argumentos incluso científicos.
Hay mapas con "finis terra" y "NON PLUS ULTRA"
muy acreditados por siglos.

Discutir con ancestros que padecan "trans-vértigo"
lo desaconsejamos. Pueden mutar a fanáticos
combativos agrupados en sectas autoblindadas
con dogmas, ritos o Kalashnikovs



Metafrikis Los de este grupo
se detienen nada más salir de la Resistencia al Cambio.
Quieren cambiar... pero poquito.
Aparento ser otra cosa pero que sea lo mismo en el fondo.
Se busca molar y se evita mutar.
mola lo último, lo fashion, lo trend topic...

Postureo trans variado:

teñir el pelo... sin tocar las neuronas.
Estirar arrugas sin alisar prejuicios.
Viajar por todos los continentes y culturas
contenido yo en mi cápsula crónica
de mis gustos y mis creencias

ojo

con el coleccionismo de mapas y metáforas,
proyectos de cambio y utopías:

La Metáfora
si de ti no te saca...
seca en ti el flujo del Vivir.

Probando fósforos

Una experiencia que me aportó creciente luz fue el uso de la cerilla o fósforo.

El fósforo es la materialización de la metáfora: transporta luz (fos = luz, foro = llevar).

Alguien contó que un "corte de luces" probaba cada cerilla encendiéndola y apagándola enseguida.

Con sonrisa satisfecha guardaba los palitos de las que habían encendido y con un rotulador escribía en la caja "VALEN", por el reverso "ENCIENDEN" y en el canto "FUNCIONAN".

Con un "JE JE" desdenante apostillé sobre el corte "el pobre".

Me Splaron* que activara la aplicación de un antivirus proyectivo que funciona con este supuesto: "Lo que de otros digo, allí me retrata".

Me apliqué el cuento del corte... y funcionó.

*forma casera de resumir qué es una INSPIRACION procedente del Yo grande cuando nos sugiere cómo corregir desatinos.

Me percaté de mi Coleccionismo, durante años,
de frases sabias, Metáforas lucidantes y
otras linternas que probaba y acumulaba
en mi caja de herramientas sin apenas
alumbrar mi oír.

Desde entonces explico y exploro
las posibilidades que ofertan las Metáforas
En ámbitos con poca claridad
prendo una metáfora-fósforo
y con ella enciendo una vela
La subo a un candeletero y procuro
que se ilumine cada rincón.

Los moradores dispuestos podrán verse mejor
y ver sus tareas con claridad.

El juego de la Cerilla encendida. Se la pasa de mano en mano
y pierdes el que la apaga o suelta para NO QUEMARSE.

Metaforando el juego: Si evitas quemarte ganas
el juego del ego y consigues... algo

Si la Luz quema el ego... pierdes algo
y ganas TODO.

Metaffilia

El fluir del Vivir pulsa imparable
a Conocer, Crear, Cambiar, Cuidar.

Vivir es trascender cada sitio sin instalarse
aunque el apego del ego por miedo
lo retente hasta con sufrimiento.

Las Metáforas ofrecen la Lucidez Expansiva
mapas y modelos para los tránsitos.

Cuando somos conscientes de ese impulso
y armonizamos con él, los tránsitos
fluyen y llevan Mas Allá y MAS ALLÁ
con disfrute maravillado y agradecido.

La UNIDAD subvenciona la multi oferta de
transportes e intercambiadores.

Cuando el discípulo está esperando en la parada
llega la metáfora-bus adecuada
al próximo destino.

Evitas a usar metáforas para ti...

La metáfora leída solo con el cerebro izquiendo te deja anclado "al pie de la letra" por estrecha racionalidad.

Meta abrirse es quedar disponible al Misterio que te reclama hacia la Infinitud enviándote un transporte variable: de un burro a un triángulo.

Confía y embárcate saltando cualquier amarre de leño.

La Experiencia me ilumina para dejar atrás la lectura bulímica (sin el lento masticar que permite extraer los nutrientes masticados) cultivando la Lectura Contemplativa: con calma, silencio y disponibilidad a que la abiduría encienda en el propio Vivir la Claridad que permite saltar lo caducado y abrirse a lo Nuevo.

Compromete en tus cambios de Conducta que aterrizas la Comprensión.

Ese Cambio Constatable avala ante otros la Vitalidad de la Metáfora.

Si vas a servir Metáforas a otros:

El acompañar cierto a otros en sus tránsitos es motivador si has hecho el camino y transmites no solo información sino Confianza en que se puede y valoración agradecida a los frutos de ir cambiando.

Ayuda hacerse "transitólogo" para añadir Sabiduría a la mera experiencia de ir cambiando.

Puede a Seleccionar metáforas sin virus,
Sin aditivos exagerados para fidelizar clientes.
Sin predigerirlos con moralejillas de marca registrada.
Sin exámenes de resultados obligados.
Con calma para masticar y saborear.
Con silencios multidireccionales.
Con Confianza en la inteligencia que ilumina a cada Ser que transita este mundo.

Respetando la diversidad de ritmos y etapas evolutivas

INTRODUCCIÓN

“La consciencia en ti y la consciencia en mí, aparentemente dos, una en realidad, busca la unidad. Y esto es el amor” (Nisargadatta)

*“Uno es el sol, uno el mundo, /sola y única es la luna.
El Ser de todos los seres solo formó la unidad, /lo demás lo ha criado el hombre,
después que aprendió a contar” (José Hernández, Martín Fierro)*

Del mismo modo que no albergo ninguna duda acerca de la naturaleza no-dual de lo Real, soy también consciente de que la no-dualidad no puede ser pensada ni nombrada. Porque tanto la mente como la palabra que de ella se deriva son necesariamente duales. Esto explica que cualquier discurso acerca de la no-dualidad resulte inevitablemente pálido, oscuro y, en último término, inadecuado. Porque la no-dualidad no tiene nada que ver con el *concepto* de la misma. Dado que la mente se mueve inexorablemente en el mundo de los opuestos, cuando *piensa* la no-dualidad –además de empobrecer radicalmente esa vivencia–, la entiende como si fuera lo *opuesto* a la dualidad. Sin embargo, la no-dualidad no conoce opuesto; es *Eso* que abraza absolutamente todo lo que es. En esa misma línea, tendría que puntualizar que la expresión que da título a este trabajo –“*metáforas de la no-dualidad*”– no es estrictamente adecuada; en rigor, son solo imágenes que quieren *apuntar* hacia la naturaleza no-dual de lo real, en la confianza de que puedan provocar en el lector un “clic” de comprensión, más allá de lo que ellas mismas dicen¹.

Sucede que no tenemos otro medio para expresarnos. Por eso, ante el límite de la mente –tanto el pensamiento como la palabra se mueven en la dualidad–, me ha parecido oportuno acudir a imágenes y metáforas que

1. En esa misma línea se mueve una breve presentación en torno a este tema, que puede verse en: <https://youtu.be/7DCPtoUW3pU>

no tienen otra pretensión sino la de “evocar” *Eso* no-dual. Lo que pretendo con ello es favorecer que, más allá del discurso mental, la imagen pueda despertar la intuición que nace de la sabiduría.

Debido a la propia estructura del libro, las repeticiones resultan inevitables, por cuanto todas las metáforas apuntan a la misma cuestión: ¿quién soy yo?, ¿qué es lo real? La repetición suele frustrar o aburrir a la mente que busca “novedades” y cree necesitar de ellas. Sin embargo, el objetivo de estas líneas no es, en primer lugar, añadir más *información* a la mente; quiere ser, más bien, un *recordatorio insistente* y una *invitación amable* a escucharse y a indagar, para dejarse sorprender, luego desaprender y, finalmente, comprender.

Tengo claro que *la realidad no es lo que parece*². Y que necesitamos apertura para aproximarnos a lo real desde una perspectiva diferente a aquella a la que, como consecuencia de nuestra formación, estábamos acostumbrados. Y no por afán de novedad, sino por hacer mayor justicia a lo real.

Como decía, la afirmación que sustenta todas las imágenes y metáforas que pueda utilizar, es simple de formular: *la Realidad es no-dual*. Hay diferencias, pero no separación. Lo que habían visto o intuido místicos y sabios es ahora confirmado por los científicos, tal como veremos en alguno de los capítulos de este libro: no existe nada separado de nada –la física moderna habla de “entrelazamiento” y “no-localidad” cuánticos–, todo es una gran y única red brotando de un mismo y único fondo.

Como dijera, en lenguaje teísta, el Maestro Eckhart, el gran místico cristiano del siglo XIII, “*el Fondo de Dios y mi fondo son el mismo Fondo*”. Dios no es un “Ser” separado y superior que –en el supuesto más “noble”– me habría creado a su imagen; eso es solo una proyección mental, por cuanto la mente, por su propia naturaleza, únicamente puede pensar la realidad separándola. Para ella, lo real es una *suma* de objetos diferentes y *separa-*

2. Es el título de un libro de Carlo Rovelli, responsable del “Equipo de gravedad cuántica”, del Centro de física teórica de la universidad de Aix-Marsella: C. ROVELLI, *La realidad no es lo que parece. La estructura elemental de las cosas*, Tusquets, Barcelona 2015.

dos, organizados además jerárquicamente. En la cima de esa pirámide, se hallaría un “Dios” creador y todopoderoso. Pero no puede existir un ente *separado*. El Fondo, del que hablaba el Maestro Eckhart, es un modo más de nombrar el Vacío originario, la Nada primera, la Inteligencia creativa..., la Consciencia, que se despliega en infinitud de formas perceptibles.

Quizás no resulte inapropiado formular esta perogrullada: *todo lo que es, es*. No hay nada que sea, que no participe del “ser”. Lo cual nos pone en la pista de algo fundamental: *todas las diferencias que podemos percibir se hallan secreta y profundamente abrazadas por una unidad mayor*. Todo es Uno.

¿Por qué nos ha costado tanto reconocerlo? ¿Por qué, desde la filosofía y la teología, surgen tantas resistencias –“ilustradas”– a aceptarlo?³. Porque, en el proceso evolutivo de nuestra especie, nos hallamos todavía identificados con la mente y, en consecuencia, *hipnotizados* por las formas. Lo cual *nos ha hecho creer que las cosas eran como nuestra mente las veía*. Y a esa visión –inevitablemente reductora y, por tanto, falseada– la hemos llamado “sentido común”. El motivo no es muy diferente de aquel por el que, durante siglos, dimos como totalmente cierto que el sol giraba alrededor de la tierra y que esta era plana; era –así lo veíamos– algo “evidente”.

3. Sobre estas resistencias, puede verse lo que he escrito en *La dicha de ser. No-dualidad y vida cotidiana*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2016, págs. 23-42: “Resistencias ilustradas a la no-dualidad”. Las resistencias más fuertes me parecen venir de tres campos: el filosófico, el psicológico y el teológico (religioso). Y creo importante reconocer que cada una de ellas busca proteger algo que se considera valioso. Lo que sucede es que, a mi modo de ver, su temor parte de una visión reductora. La *filosofía* quiere proteger el valor de la razón frente al peligro de la irracionalidad, pero ignora que la no-dualidad no se orienta hacia la irracionalidad, sino hacia la trans-racionalidad (no niega ni desvaloriza la razón, sino que, valorándola e integrándola, la trasciende). La *psicología*, por su parte, busca proteger el yo individual autónomo y maduro, frente al riesgo del narcisismo y de la regresión más o menos psicótica; sin embargo, cae en la trampa de confundir la “personalidad” con la “identidad”, y parece olvidar que la trascendencia del yo, no solo no es equiparable al narcisismo, sino que constituye el paso imprescindible para toda experiencia transpersonal (o mística). La *teología (religión)*, finalmente, busca proteger el carácter “personal” de Dios, frente al temor de caer en el panteísmo o la increencia, pero no advierte que ella misma ha “cosificado” lo que nombra como “Dios” y que aquel mismo carácter “personal” que pretende defender convierte a la divinidad en un ídolo a nuestra medida.

De un modo similar, así como en un tiempo no demasiado lejano el ser humano creyó ser el centro del cosmos, todavía hoy sigue pensando que constituye la cima y meta de la evolución. Desde esa creencia, no solo se “distancia” de los animales y de la naturaleza, sino que se erige en el horizonte último al que apuntaría todo el proceso evolutivo. Pero, ¿no es una arrogancia pensar que el proceso de este universo que empezó hace trece mil setecientos millones de años vaya a detenerse precisamente ahora? ¿No somos conscientes de que es solo el narcisismo propio de nuestra especie el que nos hace aferrarnos a esa idea, según la cual lo que hoy llamamos “persona” constituiría el culmen definitivo de la evolución? Sin duda, tenía razón aquel biólogo que, ante la pregunta acerca de cuál era el “eslabón perdido” entre el primate y el ser humano, contestó humildemente: “*Nosotros*”. Es aquel mismo narcisismo el que nos hace creer que somos “especiales” para el universo –no es casual que los humanos hayan sido etnocéntricos y hayan “creado” un Dios que los elegía y amaba (a los de su propio grupo) de un modo “especial”–, pero la verdad es que lo somos solo para nosotros mismos, del mismo modo que un bebé lo es para su mamá. Hoy basta un conocimiento elemental de astronomía para que caigan por tierra todas aquellas fantasías narcisistas y, en último término, egoicas.

Desde una perspectiva más amplia –y menos antropocéntrica–, parece más adecuado sostener que lo que llamamos “persona” constituye solo un eslabón más de todo el proceso evolutivo a que da lugar el despliegue de la consciencia. Del mismo modo que el teísmo dio paso al humanismo, este lo cederá igualmente a alguna otra “forma” que hoy ni siquiera somos capaces de imaginar.

Con todo, sé bien que de esas falsas “evidencias” no se sale con facilidad. Arthur Schopenhauer advertía que *“toda verdad pasa por tres fases: primero es ridiculizada; luego, recibe una violenta oposición; finalmente, es aceptada como evidente”*. En cualquier caso, todo empieza por cuestionar aquello que dábamos por supuesto e incuestionado, para evitar prolongar un error mantenido solo por inercia o comodidad.

Comparto estas aportaciones con un solo objetivo: *invitar a mirar más allá de la mente*, para descubrir la sabiduría (certeza) y belleza de la No-dualidad. En ella todo adquiere sentido y hallamos, finalmente, la respuesta adecuada a la pregunta eterna: “¿Quién soy yo?”. Esa respuesta nos conduce a “casa”, es decir, nos hace reencontrarnos con quienes realmente somos. Y ese reencuentro es fuente de liberación, de gozo, de plenitud y de unidad. Y ahí descubrimos que no somos el “humano” (la “persona”, el “yo”) que creíamos ser y que nuestra mente había absolutizado, sino la consciencia en la que surgen todas esas formas que ella misma sustenta y constituye.

¿Hacia dónde *apuntan* las metáforas? En principio, las utilizamos porque cualquier cosa que digamos acerca de lo que somos resultará siempre inadecuada y, por ello mismo, falsa. Cuando se vive se sabe, pero no se puede contar. La “experiencia” –nombre también absolutamente inadecuado, ya que en la misma no hay experimentador ni experimentado– es tan sublime y plena como inefable. En ella se muestra lo que somos, que está más allá de todo lo que se pueda pensar o imaginar, porque *es todo y nada a la vez, ser y no-ser*, sin parangón alguno con aquello a lo que estamos acostumbrados en el estado mental.

Lo que se puede decir de ello es, simplemente, que *es*. No hay más adjetivos que le resulten aplicables; solo ser, plenitud de ser, pura y radiante transparencia, sin percepción alguna ni receptor que lo afirme. Está más allá de todas las formas, aunque en todas ellas se expresa. Es nada y todo a la vez, aunque no hay “nadie” que lo atestigüe. Simplemente *es*.

Para la mente, de naturaleza dual y que únicamente puede existir como “perceptora”, toda consciencia es consciencia *de* algo. Lo cual explica que sea incapaz de comprender lo que es la percepción en sí, sin un sujeto de la misma. Cuando, en determinados círculos neo-advaitines, se arguye que la consciencia no puede ser consciente de sí misma, se está aplicando –aun sin advertirlo– el mismo modelo dualista. Lo que ocurre, sin embargo, cuando se descorre el velo, es que la consciencia ya no se confunde a sí misma con

objeto alguno. Para la mente, todo es una suma de objetos separados: el árbol, la nube, el sol, los otros, yo... La realidad, sin embargo, tal como se muestra en el “despertar”, es que todos los objetos no son sino consciencia.

El mundo de los objetos pertenece a lo que llamamos “nivel aparente”. Hablando con propiedad, habría que decir que ese mundo es transitorio, impermanente y, por tanto, irreal e inexistente. En rigor, solo hay consciencia. Esta es la “plenitud” que, inopinadamente, se regala como pura luz sin sujeto y sin contenidos.

Pero la mente no va a ceder fácilmente. En un mecanismo defensivo con el que busca protegerse, podrá plantear cuestiones como estas: ¿qué había *antes* de nacer?, ¿qué hay *después* de la muerte? Desconoce que esos “estados” –si convenimos en llamarlos así– son completamente *idénticos al instante presente*, tal y como es en sí mismo aquí y ahora; en realidad, todo y siempre es *ahora*, la *Presencia* que todo lo sostiene y en la que todo se contiene. Pues bien, en contra de lo que algunos tienden a pensar, no es un “estado” en el que la consciencia no sea consciente de sí misma, sino en el que *es tan consciente de sí que no atiende a cosa alguna*. Pero únicamente puede saberse cuando se ha visto.

Cuando eso se da, no hay realidad alguna que podamos percibir –todas nuestras percepciones han quedado en el olvido en el mismo instante en que se producen–, desaparecen todos los conceptos y se da por sí misma la percepción cristalina del propio ser. Esto no significa que se “vea” algo, sino que no hay ya necesidad alguna de ver o de no ver, es decir, de ser o de no ser. De nuevo, sencillamente, *Eso es*.

¿Eso es todo? Llegados a este punto, observo que, entre las personas que participan en los grupos, talleres o retiros que organizamos, suelen darse dos tipos de reacción. Para unos, ese planteamiento les produce desesperanza y desazón; otros, por el contrario, lo ven como “demasiado optimista” e incluso ilusorio, llegando a pensar que se trata solo de otra construcción mental más, con la que se buscaría sostener nuestra confianza en la realidad; para estos últimos, el único estado que reflejaría la verdad

última de lo que es, sería el estado de “sueño profundo (sin sueños)”]; dado que en ese estado no hay consciencia, eso sería la prueba definitiva de que la propia consciencia aparece y desaparece, como todo lo demás.

La *primera de esas reacciones* es característica de quienes, por diferentes motivos, se hallan más identificados con la mente y, por tanto, con el yo. La misma identificación les lleva a defender enérgicamente la “realidad” del nivel aparente, *sin captar la contradicción que ello supone*. Comprendo que, para la mente, la afirmación de que todo lo que ella percibe sea solo apariencia inconsistente, resulta desesperadamente frustrante, porque la mente no es más que el conjunto de sus percepciones; si estas se le niegan, entra automáticamente en estado de shock, con una sensación de vértigo que fácilmente desemboca en la angustia. Pero sienta lo que sienta, el suyo es, como decía más arriba, un universo –creado por ella misma– irreal e inexistente. Por más que se rebele nuestro “sentido común”, tal universo no existe “ahí fuera” al margen de la mente que lo modula. Sin embargo, no es esa la causa de la angustia que amenaza, sino más bien el hecho de habernos reducido a la mente y al yo.

La *segunda postura* parece, a simple vista, más sofisticada. Pero me inclino a pensar que también ella nace de la propia mente decepcionada que, al negarle lo que creía real, *termina negando realidad a todo lo que es*. Para ella no hay alternativa. Y no me refiero solo al nihilismo –filosófico o pragmático– que parece ser compartido por muchos de nuestros contemporáneos, sino a *cierta corriente neo-advaita* que, presumiendo de un rigor que llevaría a la verdad desnuda, termina abocando, en mi opinión, a un *nihilismo vulgar* con el que termina confundándose. Con ello, se sitúa prácticamente en las antípodas de la gran tradición advaita de la que afirma beber. No es extraño que en esa misma corriente se viva o incluso se propugne un olvido completo del “mundo de las formas” –las dimensiones corporal, psicológica, afectiva, social, política...– con el pretexto de que pertenecen al nivel de lo impermanente. En la práctica, tal planteamiento constituye una *coartada* perfecta para el nihilismo más extremo y una *justificación* (interesada y, por tanto, egoica) de cualquier

posicionamiento. Su error de base me parece doble: por un lado, pretende “atrapar” la consciencia desde la mente; por otro, desconoce –en la práctica, niega– la constitución paradójica de lo real y, en concreto, del ser humano. Es evidente que *no somos* el cuerpo, ni la mente, ni el psiquismo..., ni nada que podamos nombrar, pero no lo es menos que todo ello constituye la *forma* en la que se expresa lo que somos, por lo que de ahí brota espontáneamente una actitud de cuidado. Por el contrario, el olvido de esta dimensión desemboca con frecuencia en un sufrimiento personal de difícil salida. De hecho, justo aquí radica, en mi opinión, la diferencia entre “sabiduría” y “cinismo”.

A los representantes de esta corriente les gusta proclamar que *“todo lo que no existe en el sueño profundo no es real”*. Sin embargo, esa es únicamente una conclusión mental. Con lo cual, no es difícil advertir lo patético del empeño de la mente por “perseguir” a la consciencia. Quienes lo han experimentado, saben que, más allá de los estados de vigilia, sueño con sueños o sueño profundo sin sueños, existe otro estado (o más exactamente, un “no-estado”) inefable. Aun consciente de la incapacidad de las palabras para expresarlo, me atrevería a decir que la diferencia radica en lo que podría llamarse “plenitud de ser” –sin sujeto ni objeto en la misma–, que no es diferente del vacío, de la nada o incluso del no-ser. Porque lo que ahí se muestra trasciende por completo todas las palabras, todos los conceptos y todo cuanto pudiera imaginarse.

Ellos insisten argumentando que *“la presencia de la consciencia es la prueba de que ella no estaba”*, para concluir que no había consciencia antes de la manifestación ni la hay después; lo que conocemos es solo un “estado” aparente, dado que lo único real es un “no-estado” de nada absoluta. A mi modo de ver, no advierten que quien habla ahí es solo la “consciencia mental”, a cuya luz se pretende juzgar todo lo demás. Por lo tanto, sería más honesto e intelectualmente más riguroso decir que, en nuestro “estado mental”, no nos es posible *saber* si la consciencia “estaba” o no. No podemos recordarlo, porque el estado mental implica el “olvido” de todo aquello que la mente no puede percibir.

¿Cómo será una consciencia no “desdoblada”, sin objetos que percibir? No sabemos, porque carecemos de referencia adecuada y porque estamos reducidos a una forma particular de ser conscientes. Pero es eso precisamente –nuestra realidad de “personajes” dentro de un “guion” que se nos escapa– lo que, por honestidad intelectual, impide hacer afirmaciones absolutas.

El propio Ramana Maharshi –al que suelen citar quienes niegan la consciencia como realidad permanente–, aun mencionando el sueño profundo como referencia –dado que en ese estado no hay dualidad– para *apuntar* a lo últimamente real, nunca lo equiparó, sin embargo, con “*turiyatita*”, el puro estado de ser, plenitud de consciencia. Ahí solo sabes que eres *nadie* –y que en eso consiste la sabiduría–, pero no se echa de menos *nada*.

¿Cómo se vive entonces? No buscas nada, no decides nada, no “te” apropias de nada..., porque no existe tal cosa como un “yo” que fuera el (supuesto) sujeto de esas acciones; hay acciones, pero no un hacedor individual. No buscas nada, porque reconoces tu verdadera identidad como plenitud. Es la Consciencia –Plenitud, Vida– la que, en un fluir incesante, se despliega y expresa constantemente. Pero no eres “tú” quien lo ve –el “tú” o el “yo” es una ficción, solo un pensamiento o construcción mental–, sino la misma consciencia en “ti”, o mejor, *la consciencia que eres “tú”*. El modo concreto como se traduce en ti es simple: todo se reduce a un *vivir viviendo* en apertura inocente desde la consciencia que somos, desde *Eso que es consciente*.

Iba a decir que *un día, en el momento más impensado, aquel estado (o no-estado) te sorprende y todo es luz y gozo, exquisita transparencia, radiante unidad...* Pero tengo que detenerme aquí, porque veo que quiero exigir a las palabras más de lo que pueden dar. No es un “estado” ni, ciertamente, “te” ocurre a “ti”, y la referencia a la “luz”, al “gozo”, a la “transparencia” e incluso a la “unidad” resulta siempre demasiado egoica. Por eso, vista la incapacidad para hablar directamente de ello, pasemos a las metáforas...